



EL BARCO
DE VAPOR

El zoológico de monstruos de Juan Mostro Niño

Emilio Lome



PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR


sm



El zoológico de monstruos de Juan Mostro Niño

Emilio Lome

Ilustraciones de
Amanda Mijangos



Lome, Emilio

El zoológico de monstruos de Juan Mostro Niño / Emilio Lome ; ilustraciones de Amanda Mijangos. - México : SM, 2021

Primera edición digital - El Barco de Vapor. Serie Naranja

ISBN : : 978-607-24

1. Integración social - Literatura infantil 2. Autores y el teatro - Literatura infantil

Dewey M863 L66

A Guillermo del Toro y sus monstruos entrañables
A Genaro Serrano, mi abuelo El Taxqueño
A Sebastián y Fernanda, siempre
E. L



Primera parte

UN HERMOSO PÁJARO REVELANDO LO DESCONOCIDO

Real de Minas de Taxco
1580-1591

● |



Sé que soy un monstruo. Al igual que un camello, cargo dos jorobas en mi cuerpo. La más voluminosa la llevo en la espalda; la otra, menos carnosa y prominente, sobresale como un bulto puntiagudo en el centro de mi pecho. Tengo las piernas arqueadas y cojeo de la derecha. Cuando camino, lo hago con el bamboleo de un barco que, atracado en el muelle, fuera mecido por oleajes que puso a danzar el viento. Los dedos índice y medio de mi mano izquierda están unidos por una membrana, como pata de guajolote. Para quien observa de cerca, da la impresión de que sólo hubiera cuatro dedos en esa extremidad siniestra. Mis encías son enormes y mis dientes, diminutos, muy separados y picudos, parecidos a los colmillos de un gato recién nacido. También soy pelirrojo, de cabello alborotado y encendido, como lumbre serpentina de antorcha o de fogón.

—Si acaso llega a vivir la edad adulta, lo cual es muy poco probable, su talla no pasará del metro y medio —le dijo a mi padre don Zacarías de Balbuena, el médico del virrey.

Lo sé muy bien: soy un monstruo. Lo supe a partir de un día de Cuaresma, cuando apenas tenía nueve años.

Mientras perseguía a un colibrí jaspeado que volaba entre las buganvillas, noté que la enorme y pesada puerta del jardín de nuestra casa estaba abierta. Era la primera vez que la veía así. Con la curiosidad propia de un niño de mi edad, decidí aventurarme para explorar más allá de los muros que habían mantenido encerrados los nueve años de mi existencia.

En cuanto crucé el umbral de aquel portón de hierro y bronce, un perro negro, cachorro de calupoh, apareció frente a mí. Moviendo el rabo con gozo y sin dejar de dar saltos y cabriolas, intentaba regresarme a empujones hacia la casa paterna. Empecé a reírme de sus juegos. Él me lamió la cara con su pequeña lengua roja y tibia, que me salpicaba de espumosa saliva. Jamás olvidaré ese lengüeteo afectuoso, pues fue la primera caricia que recibí en mi vida.

Al tratar de impedir mi huida, el calupoh me hizo trastabillar. Caí al piso y rodé por la angosta y empinada calle, vacía a esa temprana hora de la mañana. Por fortuna, no me lastimé. Me levanté con dificultad y miré a una docena de palomas, que caminaban con pasos nerviosos frente a la fachada de la iglesia de Taxco. Con un grito jubiloso, corrí hacia ellas, moviendo mis torpes y cortas piernas. Me sentía feliz manoteando y gritando al asustar a esas aves que, después de breves vuelos, volvían para rodearme una y otra vez.

Busqué con la mirada al cachorro para invitarlo a jugar, pero no lo encontré. Lo que sí halló mi mirada fue a un grupo de personas que, creciendo de a poco, empezaba a reunirse en torno mío. Cada vez era mayor el número de gente que me veía en silencio o murmurando, en cuyos ojos distinguí asombro, curiosidad, repugnancia y miedo.

Una mujer se santiguó. Otra le tapó los ojos a su hijo. Una pequeña mulata de crestas rizadas lanzó un chillido y me señaló, diciendo:

—Un *mostro*, mamá, un niño *mostro* —y, presa del miedo, ocultó su cara en el pecho de su madre, una inmensa mujer

de piel negra que adornaba su cabeza con un turbante de colores.

Quise alejarme de allí, aunque no supe a dónde ir. Me quedé paralizado en aquel sitio desconocido, sin saber qué hacer. Oí las primeras risas. Una moneda de cobre cayó frente a mí. La había lanzado un criollo bigotón y de ojos verdes, con mirada trasnochada y sonrisa de borracho.

—¡Eh, tú, enano jorobado, ponte a bailar o haz alguna gracia para divertirnos, caramba, que el día está más aburrido que un bostezo de marquesa!

Unos muchachos con ropas desgastadas y sucias reían y se burlaban, mientras imitaban mi apariencia y mi peculiar forma de moverme. Entonces pasó silbando a mi lado un proyectil, que fue a estrellarse en la pared de la iglesia y dejó un manchón rojo salpicado de semillas y pellejos colorados.

El segundo jitomatazo me pegó en el hombro derecho, señal segura de los muchos que recibiría años después, arriba de un escenario. Enseguida cayó sobre mí una tromba de chiles, ejotes, ciruelas y nanches. Hasta ramos de epazote y de cilantro me llovieron. Sólo atiné, por reflejo, a cubrirme con los brazos, y en los altos peldaños de la iglesia enrosqué mi pequeño cuerpo, que se estremecía de miedo.

Unas monjas que pasaban con canastas repletas de su vendimia de dulces y confites intentaron defenderme, al colocarse como escudo enfrente de mí. Otras señoras recogieron algunos jitomates del suelo y los lanzaron de vuelta a quienes me los habían arrojado. Aquel sitio se convirtió en una feria de gritos, insultos, risas y caos. Un pandemonio. Yo seguía temblando, hecho una albóndiga humana sobre aquellos peldaños de adobe y argamasa.

De repente, montados en caballos robustos y sudorosos, irrumpió una tropa de soldados.

—¡Alto en nombre del virrey! ¡O detienen este circo o lloverán garrotazos sobre sus cabezas testarudas! —gritó el que parecía ser el jefe.

Unos guardias correataron a caballo y lazaron con mecates a tres de los muchachos que me habían lanzado burlas y jitomates.

Por el camino empedrado que va de mi casa a la iglesia llegó rodando a trompicones el carruaje de mi padre, con su chofer de librea y tirado por tres caballos andaluces, con los que indicaba su cargo y posición en la Nueva España. Vestido de negro, como acostumbraba hacerlo en recuerdo de sus años de estudiante con los jesuitas, bajó del vehículo y se dirigió a Luis Matías, su cochero:

—Sube a este crío al coche y vigila que no intente escaparse —ordenó con su habitual y brusca sequedad.

Antes de que me metieran, alcancé a ver que el capitán mostraba al gentío, ahora desparramado sobre la plazoleta, a los tres muchachos presos. Para que todos lo oyeran bien, gritó con fuerza:

—¡Estos truhanes se irán a trabajar a las minas de plata!

Una mujer, al parecer la madre de los prisioneros, empezó a pegar de gritos:

—¡Por piedad, no se los lleven! ¡No los envíen a las minas! ¡Tengan compasión! —suplicaba en medio de lamentos y sollozos.

Sin embargo, unos guardias fornidos y malencarados se llevaron a los tres a empujones.

Desde el carruaje, vi que mi padre ponía varias monedas en las manos del comandante de esa caballería. También noté que, a un costado de la iglesia, el cachorro de calupoh miraba hacia el vehículo. Junto a él estaba otro perro de su raza, del mismo color, pero de mucho mayor tamaño.

Con su acostumbrado paso enérgico, mi padre subió al vehículo y ordenó al chofer que echara a andar rumbo a la casa. La carroza avanzó a trote lento. Contemplé la hermosa fachada de la iglesia de Taxco, llena de ángeles, santos, palomas y querubines. Entre esas imágenes del Cielo y de la Tierra jamás habría cabida para un niño *mostro* como yo.



Nací en una tarde lluviosa. La tormenta que, en el cielo, desataba relámpagos y truenos fue descrita por un historiador taxqueño como “inusual y memorable”.

Mi madre estuvo a punto de morir al darme a luz, pues yo llevaba el cordón umbilical enredado al cuello. El parto, difícil y extenuante, se prolongó por horas. Al recibirme en sus manos, don Zacarías de Balbuena, médico de la corte, quedó tan asombrado que tardó en cortarme el cordón y casi olvidó pegarme la nalgada de rigor. Luego de que lancé un berrido explosivo y vigoroso, me limpió con rapidez, me entregó en brazos de mi nana Chuy, para que me abrigara y me vistiera, y con grave seriedad mandó llamar a mi padre.

—El niño tiene pocas, muy pocas posibilidades de seguir vivo —le dijo—. Y no le miento: si llega a sobrevivir, su vida será muy dura. Al menos ésa es mi opinión, don Pedro. No le digo más para que lo vea usted mismo —y se apresuró a auxiliar a mi madre, que luchaba por su vida.

Cuando mi padre me miró, fue tal su asombro que por sus mejillas corrieron unas lágrimas furtivas e inesperadas, las cuales secó de inmediato, porque reacción semejante era muy mal vista en hombres de su posición. Ordenó